

DATOS EN EL TIEMPO

(PEDRO URIS, 1993)

Aunque no lo supo entonces, y es probable que tampoco lo supiera nunca, por un instante las cifras del pequeño reloj del vídeo señalaron el día, la hora y el minuto de su muerte. Fue un momento fugaz y desprovisto de grandeza, que el hombre borró rápidamente al pulsar con insistencia el minúsculo botón que hacía avanzar la hora, en busca de otro momento más lejano que sucedería a la mañana siguiente, cuando él ya no existiera.

Antes de incorporarse, el hombre comprobó varias veces el horario que figuraba en la memoria del vídeo, cuidando que coincidiera con el que aparecía en la programación televisiva del periódico. Satisfechos estos rutinarios controles a que sometía todos sus actos en los últimos años, el hombre se incorporó con enorme dificultad a causa de su avanzada edad y, una vez en pie, miró desconcertado a su alrededor. Esto era algo que ahora le sucedía cada vez que concluía una actividad que había reclamado toda su atención y debía decidir su próximo movimiento. Un instante de inconsciencia y de vacío, un instante de muerte que cada vez era de mayor duración.

Hacía algo más de dos años que el hombre vivía solo, justo el tiempo transcurrido desde la muerte de la que había sido su compañera de toda la vida. Un año antes de esa pérdida había fallecido su amigo y confidente de la niñez y adolescencia. Las restantes muertes que acompañaban el último tercio de su existencia, incluidas las de sus padres, o quedaban muy lejanas en el tiempo o carecían de la importancia de estas dos últimas desapariciones. Ellas habían significado el inicio de su definitiva soledad y habían activado la cuenta atrás de su propia desaparición. Habían transformado su vida en una simple espera del final. Muchas veces el hombre confundía esta espera con su propia muerte y entonces se aferraba desesperadamente a los recuerdos que brotaban desordenados de su agotado cerebro para no perder la conciencia de su propia existencia.

Esa información, esos datos que año tras año había almacenado y clasificado en su memoria, constituían para él la definición más precisa que había logrado encontrar de la existencia. Información más compleja aunque, sin duda, menos exacta que la que el hombre guardaba en los centenares de cintas de vídeo que, cuidadosamente alineadas en diversas estanterías, cubrían casi por completo las paredes de su casa. En el interior de los estuches, en la profundidad de las bobinas, existían miles de películas, miles de historias, que el hombre había grabado, año tras año, a lo largo de toda su vida.

Más que por un afán coleccionista, el hombre había actuado movido por un deseo de posesión, como si con ello lograra ampliar los límites de su cerebro y ensanchar, por lo tanto, los márgenes de su existencia. Todas aquellas historias de la pantalla, que tenía atrapadas en sus cintas de vídeo, le pertenecían y podía vivirlas en cualquier momento de modo exacto y preciso. De modo mucho más exacto y preciso que sus propios recuerdos, sus propias historias, pues no estaba a merced de los fallos o traiciones de la memoria.

El hombre apagó las luces del salón y la oscuridad más absoluta se abatió sobre él. Sólo en uno de los rincones de la habitación, casi al nivel del suelo, brillaban los números rojizos del reloj del vídeo, pero su luz ni siquiera dejaba distinguir los márgenes del aparato. A través de esta oscuridad profunda, el hombre se dirigió hacia su dormitorio. Era ésta una costumbre que había adquirido unos días después de la muerte de su compañera, justo cuando su conciencia había aceptado que esa soledad definitiva, anunciada un año antes al desaparecer su mejor amigo, se había convertido ya en una dolorosa realidad.

Mientras caminaba en la oscuridad hacia su dormitorio, reconstruyendo en su cerebro los recodos y obstáculos del breve itinerario que mediaba entre los dos extremos de la casa, el hombre trataba de penetrar en el reino de las tinieblas y la imaginación, en

busca de la gratificante compañía que cada noche encontraba al lado de esos seres queridos que habían desaparecido. Sólo entonces, su vida física dejaba de ser la simple espera de un final y volvía a la luminosa realidad de los tiempos pasados.

Para orientarse, el hombre buscaba con las manos las estanterías que cubrían casi por completo las paredes de su casa. Deslizaba sus dedos sobre los centenares, tal vez miles, de cintas de vídeo que allí descansaban, guardando en su interior centenares, tal vez miles, de historias que esperaban, como los recuerdos que se escondían en los pliegues profundos de su cerebro, una señal para volver a la vida. El hombre había llegado a considerar parte de su propia identidad a todos aquellos estuches inanimados, hasta el punto de que en ocasiones no lograba distinguir la procedencia de la historia que estaba recorriendo en las tinieblas de su imaginación.

Una vez en la cama, el hombre cerró los ojos, por más que la profunda oscuridad que le rodeaba convertía este acto en una inútil convención, y buscó en su memoria la puerta de entrada de sus recuerdos más preciados, despreciando para siempre el reflejo rojizo de las cifras del reloj del vídeo, la última imagen real que llegaría a su cerebro para el resto de la eternidad.

El hombre recorrió las calles de su pasado, tratando de reconocer los rasgos de sus seres queridos entre los rostros de la gente con la que se cruzaba. Caminaba con deliberada indolencia, recreándose en la seguridad que tenía de encontrarlos y tratando de descubrir mientras tanto algún rastro de su paso por el mundo en las paredes de los edificios, en los escaparates de las tiendas y en las carteleras de los cines que encontraba a su paso. Tratando de encontrar alguna de las numerosas imágenes que, sin duda, había perdido a lo largo de su dilatada vida. Demostraba con ello un enconado empeño en reconstruir la base de datos que constituía su existencia, algo que en aquellos

momentos, cuando se encontraba a escasos minutos de la nada y el silencio eterno, se revelaba particularmente inútil.

El hombre sabía que los encontraría, como todas las noches, cuando llegara a la plaza que había al final de aquella larga avenida. Una plaza imaginaria que no se correspondía con ningún lugar de los que había conocido y que, sin embargo, guardaba dentro de sus fronteras todos los lugares que significaron algo en su vida: el piso en que estrenó su independencia, el cine en que cogió por primera vez la mano de una mujer, el primer lecho en el que amó, la primera mirada, las primeras palabras, las noches en vela buscando a su lado las claves del bien y del mal, haciendo juntos planes para el futuro, unos planes llenos de rabia y de vida que luego nunca se cumplirían.

Sin embargo, aquella noche la plaza parecía alejarse a cada paso que daba y el hombre comenzó a sentir una gran fatiga. Temeroso de haberse equivocado de dirección, trató de reconocer, entre las gentes o entre los objetos, algún detalle que le resultara familiar, pero nada de lo que había allí, ni las piedras de las fachadas, ni los rostros de las personas, tenía significado para él. ¿Qué era todo aquello? ¿Quién era aquella gente? ¿Qué querían de él?

El hombre hizo un esfuerzo y, a pesar de su avanzada edad, corrió hacia la plaza derribando a su paso a hombres, mujeres y niños. Con el corazón atravesado por una prolongada punzada, jadeando y apenas sin respiración, el hombre consiguió llegar al fin hasta la plaza de sus recuerdos. Hasta la plaza que guardaba todos los datos de su vida, todas las claves de su existencia.

Sin embargo, allí sólo encontró un montón de escombros, las ruinas irreconocibles de lo que había sido su vida. Los edificios se habían derrumbado, arrastrando en su caída todo cuanto había a su alrededor. Los objetos, las personas, el aire y la luz habían quedado sepultados bajo las piedras, y tan sólo una densa humareda

de polvo, que se desvanecía lentamente en el vacío, daba cuenta de la existencia de vida unos instantes antes.

Un terror profundo se despertó en el alma del hombre y una tristeza infinita oprimió aún más su corazón. Ya no quedaba nada ni nadie. Ni entre los vivos del mundo real, ni entre los fantasmas de su imaginación. ¿Dónde estaban los rostros de sus seres queridos? ¿Dónde estaban los objetos que en otro tiempo tuvo entre sus manos? ¿Dónde estaban los espacios que habitó? ¿Dónde quedaban sus obras y sus palabras? ¿Dónde sus gestos? ¿Dónde estaba su amor? ¿Dónde se encontraba él en ese momento, mientras esperaba, desde las tinieblas de su habitación, que el polvo de sus recuerdos terminara de depositarse sobre las ruinas de su vida y quedara inmóvil para siempre? ¿Dónde?

El hombre se incorporó en la cama y trató de gritar. Buscó con sus débiles brazos un lugar en las sombras donde sujetarse, pero nunca llegó a saber si los manotazos que dio en el aire recorrieron la oscuridad de su habitación o los espacios inciertos de sus sueños. En cualquier caso, ni en un mundo ni en otro encontró nada que pudiera retenerle y cayó de espaldas sobre su cama. Muerto.

Allí estuvo durante varios días, pues el hombre vivía solo y nadie echó en falta su presencia. Durante todo ese tiempo, la casa permaneció como él, inmóvil y en silencio, y tan sólo a la mañana siguiente de su muerte el vídeo, siguiendo las instrucciones que el hombre dejara la noche anterior, se puso en marcha y grabó los datos de una historia. Datos e historias como los que guardaban los centenares de cintas que había en la casa y que ahora se mantenían en silencio junto al hombre muerto.

Datos e historias como los que el hombre había almacenado en su cerebro a lo largo de su vida y que ahora se habían perdido para siempre.

Datos situados en un momento del tiempo que constituyeron para el hombre la definición más precisa que pudo encontrar de la existencia.